

## La voz interior

-Alfredo. Ven a comer. Tienes el desayuno servido.

-¿Mamá? ¿Es mamá?

-No, ella se le parece, quiere ser ella, pero es la malvada que te lleva a esos lugares horribles.

-Suena como mamá.

-Lo hace sonar, pero en realidad es una bruja malvada que quiere cocinarte y comerte. Vamos, camina por el sendero desolador. Líbrate de ella.

Recuerdas, no estás en una casa, es una ilusión, yo te indicare donde estas, te hare ver la realidad en la que vives, Alfredo. Allí es, la cabaña misteriosa, debes de hablar con las personas para escapar hacia el bosque oscuro.

-No me agrada el bosque oscuro.

-Lo sé, y a mí tampoco. Solo que es el único camino hacia el reino de Tera.

-Está bien, lo haré. Confío en ti.

-Cuidado con saltar el río, usa las piedras, salta de una en una y no temas, aunque la corriente sea fuerte, tú lo eres más. Pero ten cuidado son resbaladizas las rocas que, parecen rudas y ceñidas, pero son suaves y lisas.

Muy bien Alfredo, lo lograste sin más, debes de tener cuidado con las serpientes que atraviesan el cantero mágico. Corre, ahí vienen detrás de ti, rápido, atraviesa el portal enigmático y saldremos al otro lado. Muy bien evitamos la cabaña misteriosa.

-¿Eso es bueno? ¿No debería de haberme encontrado con la doncella Miriam o el caballero del relámpago?

-Hoy no, creo que esta vez sí corrías peligro.

-Es que... los extraño.

-Lo sé, pero no podemos ponerte en riesgo, o nunca los volverás a ver. Confías en mí, ¿verdad?

-Si

-Dime, ¿Qué ves?

-la avenida, autos, muchos cruzando de lado a lado. Me da miedo. Las personas cruzan por un puente al otro lado.

-No, eso no existe, es un mundo alterno creado en tu mente por la bruja que quiere reemplazar a tú mamá.

Yo te diré la realidad, créala conmigo, ve lo que yo veo.

Por delante tienes un largo valle, donde las vías de trenes se cruzan en diferentes trayectos, todos pasan al mismo tiempo, pero increíblemente ninguno se estrella. Andan tan rápido y precisos que se te sería imposible cruzar. Caminaras hacia la montaña, escalarás hacia la cúspide y atravesaremos por los cielos a los mortíferos trenes.

-Hagámoslo

-Me gusta ese entusiasmo.

-Alfredo, ¿Cómo andas? Soy tu vecina. ¿Estás solo?

-No, no la veas, no mires sus ojos, te petrificará. Y pasaras tu vida cubierto de granito mientras el mundo alrededor tuyo avanza, lento, pesado, fatigoso, y el viento, te consumirá. Poco a poco iras cayéndote en pedacitos, sintiendo como cada parte de tu cuerpo se deshace.

-No la miraré, no la miraré.

-Espera, Alfredo, ¿Dónde vas?

-Corre, tonto, nos alcanza, quiere que la veas, no mires atrás, no te detengas, trepa, escala, sube con todas tus fuerzas.

¿Escuchas el zumbar? ¿Sientes como tiemblan tus piernas? Es el acero de los trenes que causan un sismo. Criaturas de metal que no se detienen. Su ruido es intolerante, avanza, si pierdes el equilibrio, nos aplastaran como una mosca.

¡No! No tiembles, aférrate con garras como un ave a sus hijos. Se fuerte, mantén la compostura y pasaras. Cree en ti. En mí. Yo seré tu guía.

-¿Prometes nunca abandonarme?

-Lo prometo, pequeño Alfredo.

-Ya casi llegamos, desciende por las caleras de la eternidad, ve bien donde pisas, son viejas y traicioneras, no quisiéramos caer ahora ¿verdad?

-No, claro que no. Después de tanto esfuerzo.

-Entonces prepárate porque tenemos enfrente el bosque oscuro. ¿Podrás hacerlo tranquilo esta vez?

-Creo que sí.

-Camina con cuidado, abre bien los ojos, pronto amanera su fuente de luz, dejara todo gris, las sombras lo cubrirían todo. Los arbustos se moverán fruto del viento. El fuego se encenderá por parte de ellos.

-¿Ellos siguen acá?

-Ellos nunca se irán.

-No la recojas, los alertaras, espantarás, y sabes que ocurre cuando eso pasa.

-Me van a lastimar.

-Así es, bien. Déjala con cuidado, no hagas ruido. Camina. Sigue mi voz, ellos no les interesas, ellos viven en paz. ¿Ves el fuego? ¿La luz irradiada dentro entre las penumbras?

-Veo bailar al fuego.

-Se calientan para conservar su vida. Te temen, tanto como tú a ellos, por eso, respétalos, no los molestes, y camina. Bien, así, pasos firmes, tranquilos, no, no te apresures, vuelve al ritmo. Casi salimos.

-Lo hicimos.

-No, tú lo hiciste, bien por ti. Ninguno de ellos intento alterarte o hablarte, no hostigo como todos aquellos que preguntan, hablan y mastican palabras para alejarte de mí.

Bien por ti, Alfredo.

-¿Ahora qué sigue? ¿De vuelta a la escuela? No quiero volver ahí.

-Debes de ir, la bruja nos maldijo y nos mandara de nuevo hacia ese extraño mago si volvemos a repetir las faltas.

-Pero los ogros, me asustan. No quiero que me vuelvan a golpear.

-Y no lo harán, el hechizo de la bruja para no defenderte no existe más, lo he reducido a nada. Las palabras ya no son lo único que tienes como recurso.

-Y yo en palabras no soy bueno, por eso me agobian, me atacan, me insultan, como los odio...

-¿Confías en mi verdad?

-Sí, sí, no lo dudes nunca. No me dejes, por favor.

-Y no lo haré.

El camino es largo todavía, no te preocupes por los ogros, tal vez, ni siquiera estén en la escuela hoy. De momento camina por el valle empedrado hasta el umbral mágico de la escuela, cuando todos los demás entren, pasaremos la puerta angosta.

-Sí, lo recuerdo, no toparse con los demás niños moustros, ellos hablan mal de mí, de todos, son malos. Inclusive más que los tres ogros.

-Calma, Alfredo, ya casi es hora de irnos. Y vamos a jugar de nuevo al lago ¿quieres?

-Sí, aunque está lejos, me gusta ir ahí, me hace estar más cerca de mamá.

-Entonces sabes por donde tienes que salir cuando suene la campana.

-Puerta trasera, hueco en la cerca, y caminar más o menos una hora ¿verdad?

-Exacto.

¿Lo oyes? Es tiempo de que vayamos. El baño es la mejor opción hasta que todos se vayan.

Muy bien, ya puedes salir, no hay nadie en las cercanías. Tercer pasillo a la derecha, la puerta roja, recuerda que parece, pero no está cerrada.

Bien, empuja con más fuerza, un golpe más, ¡listo! Bien hecho Alfredo.

Espera, ¿Qué es eso? Detente a un lado de la cabaña del hombre de barba.

-Pero él me da miedo, mucho, no lo quiero ver.

-¿Entonces no viste a los ogros en el campo? No importa, recoge esa rama, recuerda, tus poderes te permiten volverla lo que quieras, muy bien, una espada larga y filosa bastara para cortar la dura piel de los ogros.

-Hey, ¿lo vieron? Es el niño raro, ¿Cómo se llamaba?

-¿El que no habla y se comporta como loco?

-Sí, ese.

-Creo que Alfredo. No te preocupes, creo que no habla, o por lo menos nadie lo oyó hacerlo.

-¿Ves cómo se ríen de ti? Sin saber lo que te hicieron, están ahí, sin importarles cómo te sientes, se burlan sin que lo hayas molestado.

-No importa, no quiero que me lastimen, no de nuevo, duele mucho. Y después me mandaran con ese señor, el alto de la barba blanca, el doctor.

-Medico brujo, recuerda, no todo es lo que parece. Al igual que ellos, si te vieron, vendrán, es mejor que vayas primero, demuestra que no le temes y así no se meterán con nosotros.

-Hey, rarito, vete de acá, o quieres otra golpiza?

-Sí, vas a llorar pidiendo a que tu mamá venga de nuevo.

-Y hoy no te va a salvar la maestra entrometida.

-No, no llores, no dejes caer una lágrima esta vez. Aprieta fuerte tus puños, balancea el arma y dale en la rodilla. Muy bien, ¿ves que fácil cae? Ahora dale en la cabeza, para que los demás huyan. Diles, todos sangramos igual.

-Todos sangramos igual, malditos ogros.

-¿Qué le pasa? ¿Se volvió loco?

-Eres un maldito psicópata, lo pudiste haber matado.

-En las manos, que no lo levanten, ¿Qué lo dejes ayudarle? No, ellos no lo harían, solo quieren ser tres para golpearte. Bien así se hace, esa mano está rota.

¿Ves cómo corren? Huyen como indefensos animalitos del bosque.

No, no te detengas, avanza, por donde ellos se fueron no, por el otro lado, bien por ahí. Camina tranquilo, el tiempo nos apremia no hay porque apurarnos, los ogros malvados no volverán. No se atreverían, ¿no crees?

-¿Y si lo hacen? ¿Y Si son más? ¿Y si no me perdonan? Debería de volver y pedirle disculpas por lo que les hice.

-¿Disculpas? Esos ogros no las entenderían, te atacarían sin más, ellos solo hue-  
len el miedo, las dudas, el pánico, todo lo que tú emanás ahora.

Ves. Los trajiste... ¿escuchas los gritos? Vienen del otro lado del lago, si, ¿puedes escuchar los pasos? Corren como una manada, son muchos, huye, desprende de tus perezosos pies del pasto y corre.

Las rejas. No, no te detengas, ¿pero qué haces?

-Pienso hablar con ellos, entenderán, lo hice en defensa, hablaremos y no pelearemos más los uno con los otros. Es lo correcto, mamá siempre lo dijo.

-Ahí está el rarito

-¿Este niño fue el que lastimó a Jorge?

-Ves cómo se ríen, se creen más que tú, te quieren lastimar, ellos vinieron en manada para lastimarte.

-¿Por qué nos mira de esa forma?

-No lo sé, ¿querrá hablarnos?

-¿No que era mudo o algo de eso?

-Autista, raro, tonto, es todo igual. El no midió palabras con Jorge, démosle una paliza.

-No esperes, tienen espadas y arcos, nos alcanzarán. Mira hacia los lados, es todo reja, solo nos queda dirigirnos...

-Ahí, de nuevo, lo sé. Perdóname por dudar de ti...

-No importa, tienes que llevarnos lejos. Solo no te pases, recuerda, el barro raspado, la tierra corrida, y el césped gastado.

Sí, ahí, cruza la cerca. Agazápate más, mas, la campara se enredó, debes quitártela.

-No, me la obsequio mamá.

-¿Sentiste eso? Fue tu pierna romperse, o sales o te atrapan. ¡No Tires! Quítatela.

-Duele mucho al caminar, duele, no puedo, me rindo, por favor llama a mamá.

-No te detengas, esfuérzate, tu madre está cerca, ¿puedes correr? ¿Y caminar? Entonces arrástrate, los arbustos servirán.

Silencio, están cerca. No nos vieron, pero siguen cercan, no te atrevas a gimotejar. Aguanta esas lágrimas, toser no servirá, nos vas a delatar.

-¡Hey, aquí esta!

-Denle duro.

-Te lo dije. Te dije que confiaras en mí. Mira donde estamos ahora. ¿Me puedes ver? Este soy yo.

-¿Por qué eres igual a mí?

-Porque soy tú, somos uno, la misma persona, soy la voz que te ayuda. Y tú, mira como nos dejaste. En plena oscuridad, otra vez, aquí, desterrados del mundo.

No podremos salir jamás, no viste, quedaste inconsciente en segundos, apenas pudiste sentir lo que yo. Lo que esos niños hicieron con nuestro cuerpo, nos dejaran secuelas, que digo, no despertaremos jamás. Viviremos por siempre en las penumbras y todo porque no quisiste hacerme caso.

-Lo único que hice fue hacerte caso.

-¿Que dices? Te dije que corrieras, no que te frenaras a discutir porque apaleaste a ese niño.

-¿Y por qué lo hice? Porque tú me lo dijiste.

-Era lo lógico en aquella situación para no volver al umbral oscuro, pero tú, sacrificaste el esfuerzo para volver aquí. ¿Querías recuperar a tu madre? Ahora olvídate de volver a verla...

-Sí, quiero, si depende de mí esta vez abrir los ojos, despertaré y creer que puedo recuperarla, no te necesito para eso...

-Señora Hernández, su hijo acaba de despertar.

Le notifico que tiene serios traumatismos en el cráneo, varias costillas rotas y el tobillo astillado, tuvo suerte de salir con vida.

No debería de dejarlo andar solo, su status de violencia para su enfermedad es desmedido.

-¡Pero que dice! Si lo atacaron sin razón. Casi lo matan ¿y usted me hace un sermón?

-¿Sabe usted que hirió de gravedad a un niño? Lisiándolo de por vida, con suerte volverá a caminar, pero nunca podrá correr. Y no hablemos del daño en la cabeza, casi lo deja ciego. Ahora intenta recuperar la totalidad de la visión del ojo izquierdo.

-No, no lo sabía. Nunca antes había hecho algo así, claro, tiene su mala conducta cuando lo agrede o molestan, usted sabe que necesitan de distanciamiento, no les gusta que lo toquen. Y los demás niños no paran de molestarlo todos los días en la escuela.

-Por eso hay centros especiales para esta enfermedad que padece su hijo. El autismo no es fácil de llevar, no con la gravedad que tiene, puede poner en peligro hasta su propia vida.

-Lo sé, pero me esfuerzo porque salga adelante, se libere, se exprese, y sienta que no lo dejamos de lado. No me gustaría tener que aislarlo...

-De momento, tomemos un mes para que no concurra a clases. Que se calme, iremos viendo su progreso.

Tomará de estas cada doce horas para la conducta. Y estas cada ocho para el dolor. Se llevará en recepción muletas. Desde aquí lo cargaremos en la silla de ruedas.

Antes de irse le haremos unos análisis de sangre, radiografías, procedimientos ya sabe usted, para que no padezca nada más que los traumatismos, que ya conocen. La tomografía tomara una rato largo, puede usted irse a tomar un café, comer o incluso volver mañana por la mañana.

Atenderemos de la mejor forma a Alfredo.

-No me gustaría dejarlo solo, no ahora.

-También entienda usted, que apenas hace unos instantes abrió los ojos, deberá de descansar un rato antes de poder hacer cada uno de los análisis. Luego, dejaremos que las pastillas hagan efecto, eso producidas un cansancio desmedido que en forma particular a cada paciente trata de distinta manera, podría dormir, unas horas o medio día mas.

Y por último me gustaría hablar con él, si usted me lo permite.

-Claro, claro, no hay problema. Voy a tener que hablar con su padre, platicar de todo esto, enviarlo quizás unos días lejos de la ciudad, no sé, necesito pensar.

-Llevarlo al campo no es mala idea, podría hacerle bien un cambio de aire.

Bueno, eso lo charlaremos mañana o cuando le demos el alta.

-¿Escuchaste? Nos quieren enviar lejos, nos quieren mandar a un sitio aislado con ese ser, ¿recuerdas lo que te hacia? No era tolerable, no lo quiero tolerar de nuevo, el ser oscuro no es para nosotros. Viste lo que hiciste, eso es lo que trataba de

evitar que pasara, ¿y tú que haces? Lo arruinas todo, años alejados de aquel mal-dito hombre, y ahora nos quieren enviar con él, lejos de tu mamá, lejos de la ciudad, de todo... de nuestra vida...

-Él, no era malo, era estricto, quería las cosas a su manera. No me hizo daño, ja-más lo hizo, ¿Por qué dices eso? No entiendo, tratas de confundirme, yo lo re-cuerdo, los problemas fueron entre mamá y papá, pero jamás me hicieron daño ninguno de los dos. Lo extraño a él también. No digas esas cosas, deja de con-fundirme. No intentes de alejarme de todos.

-Calma, te protejo, no desconfíes, yo te ayudo...

-No lo sé...

-¿Por qué siempre dudas?

-¿Por qué no puedo hablar con las demás personas? No todas son malvadas...

-Porque nunca llegamos a las adecuadas, porque no pones tu confianza en mí, no crees en mí, acuérdate que somos tú, ambos. ¿Por qué querría hacernos daño?

-No lo sé...

-Entonces escúchame, lo que se viene, tienes que aguantarlo en silencio, las ma-quinas que usaran, las agujas, todo intenta no ponerte nervioso, no como la otra vez. ¿Recuerdas? Lo echaste todo a perder.

-Seré fuerte, lo prometo.

-Bueno Alfredo, ¿sabes por qué estás aquí? Muy bien, ¿puedes decirme que es lo que ves a tu alrededor?

-Diles, todo lo que ves a causa de los efectos que ellos dominan ante tu visión. Diles que estas en un hospital, que es un doctor, que lastimaste a un chico y que te hirieron.

-¿Por qué? Por qué no de decirle lo que tú me dices, darles a saber que tú me ayudas, que conozco la verdad.

-¿Por qué? Me preguntas insensato. Ellos no les interesan que sepas la verdad, y que la comuniques a otros. Ellos quieren que vivas cegados en la suya.

Y de no ser así, te encerraran en un loquero, ¿sabes qué es eso?

-No...

-Primero, te sedaran, te enviaran a un cuarto blanco acolchonado, atado de brazos con una chaleco de fuerzas. Luego, te inyectaran dosis de calmantes, te harán tomar infinidades de pastilla para calmar tu “locura”. Y por último, cuando pienses que todo se calmó, te dejaran encerrado de por vida con los locos del hospital psiquiátrico. ¿De verdad eso quieres?

-Entonces ¿Qué ves?

-Instrumentos, muebles, a usted, de bata blanca...

-Muy bien. ¿Sabes dónde estás?

-Un... hospital.

-Psiquiátrico. Para chicos de discapacidad como tú: padeces de autismo.

-Yo no padezco ninguna enfermedad. Me encuentro bien.

-Entonces ¿por qué deambulas alejado de las personas con comportamientos violentos y sin expresar el habla como los demás?

-Él...me lo dice.

-¿Quién es él?

-Tonto. Ahora nos condenaste.

-Me habla, me indica cómo ser por mi bien, y siempre altera lo que veo, no quiere que me exprese, me dice que una bruja ocupa el lugar de mi madre.

-Interesante, es la primera vez que un autista de tu gravedad expresa el síndrome que lo anula.

-Entonces, ¿nada de lo que él dice es cierto? ¿No habrá chaleco de fuerzas, inyecciones o lavado de cerebro?

-Claro que no, eso solo pasaría si intentaras actuar con violencia hacia mí o escapar.

-Lo siento.

-¿Disculpa?

-Lo del chico, no quería hacerlo. No era necesario. ¿Qué escribe?

-Tus cambios positivos. Es impresionante como te estas sobreponiendo al autismo. Muchos como tú apenas hablan en su vida. Y tú, desafías a lo que nadie conoce.

Intenta entender lo difícil que es para nosotros o tu madre, entender por qué, o que es lo que hace que no hables. Eres perfectamente normal, puedes hacer logros increíbles en el mundo, solo tienes que expresarte.

-Niega su oferta, niégala, condenaras todo nuestros esfuerzos, te estas rindiendo, estas siendo malo Alfredo, dejas que nos ganen. ¿Y después que harás? ¿Tomar pastillas y pastillas y vivir entre ensueños y fantasías?

-Cállate. No me darán pastillas. No me ataran. Ni me enviaran lejos de casa. Solo viviré con mamá, como siempre lo evitaste.

-Bueno señora Hernández, tenemos buena noticias de parte de su hijo. Ha respondido muy bien a sus daños, tanto físico y mental. He podido entablar una conversación normal.

-¿Le habló? ¿Qué dijo?

-Conto su deficiencia con absoluta tranquilidad, por qué y cómo le afecta. Esto podría ser un gran avance hacia el autismo. Su hijo podía ser el paciente cero.

-¿Cómo es eso?

-El inicio de la cura contra el autismo. Al tener el pico más alto de la enfermedad, podría solucionar todo los demás rangos.

-¿Cómo es el procedimiento?

-Por ahora manténgalo tranquilo, haga que hable, pero cómodo, que exprese lo que siente, no niegue nada de lo que el diga. Solo apóyelo, y lo demás, lo hará él.

-Muy bien. Muchas gracias por su atención.

-...Por si acaso, dele dos de estas si se pone violento.

-Lo escuchaste "dos de estas", son pastillas, los alucinógenos, esos que te mantendrán en esta realidad imaginaria por siempre.

-Solo si me pongo violento. Tú no quieres que escuche.

-Espera, que dices, como que no quiero.

-Tú no quieres que hable. ¿Entonces qué quieres?

-Protegerte de estas personas. Llevarte a tu verdadera madre.

-¡Han pasado años desde que lo dices y jamás lo has hecho!

-Porque tu no ves lo que tienes que ver. Sigues perdido en este mundo. Así no podrías ver a tu madre nunca, no la reconocerías, verías atreves de ella y ella así se perdería entre tus recuerdos.

-¡Mentira! No creeré más tus fabulas, estás loco.

-Me dices loco, cuando tú hablas con tú mismo tú.

-Si...

-Entonces ambos estamos locos.

-No pienso dirigirte más la palabra.

-No puedes ignorarme.

¿Alfredo?

No hagas esto. No de nuevo.

-¿Hijo cómo te sientes?

-Mal, dile mal, la odiamos, no, dile que bien, háblame, responde.

-Bien mamá.

-Iremos en auto a casa, ¿te parece bien?

-¿En esa máquina de muerte? Encerrados entre fierros de metal, tentando a la velocidad, al fallo de algún humano, es la muerte misma.

Alfredo, no me ignores.

-Sí. Es divertido

-¿Así que divertido?

-Me agrada que sonrías.

-A mí también, hijo.

-Claro que va a sonreír. Le estas dando poder. Te lleva donde quiere.

Te robara tus recuerdos.

Tu madre.

Esta sola.

No hagas esto.

No me abandones.

No me dejes solo.

No soporto esta oscuridad.

Por favor.

Alfredo.

-¿Voy muy rápido? No pareces relajado. Lo digo por como tus manos arrugan tu pantalón.

-A no, no es eso, decidí, ignorarme a mí mismo. Y se está volviendo loco. ¿El sufre sabes?

-¿A ti mismo? ¿Cómo es eso?

-Él es yo. Es mi voz interior. Por lo tanto, ¿no crees que me ignore a mí mismo?

-Podría decirse que sí.

-¿Está bien que lo ignore?

-Solo si dice cosas malas. De vez en cuando, todos debemos escuchar nuestra voz interior. Pero también, una exterior.

-¿Como la tuya?

-Así es.

-¿La escuchaste? ¿Te das cuenta que tus miedos son solo tuyos?

¿Entiendes que dejo de ignorarte gracias a mamá.

¿Que si tus palabras son francas y buenas, podría sacarte de la oscuridad?

-Disfrutaste lastimando a ese chico. Lo hiciste. Yo lo sé.

-Sí, lo hice, y me arrepiento, tanto como hacerlo de cómo darte una oportunidad de ser diferente.

Entonces, este es el adiós.

-No Alfredo, no puedes deshacerte de mí.

Voy a estar siempre en tu interior, jamás me iré.

No puedo, ¿a dónde iría? Tú soy yo, y yo soy tú.

Jamás lo olvides.

-Hacia la luz. Sal. Ve. Vuelve cuando recapacites.

Cuando no seas el autismo, si no, mi voz interior.

-¿Sabes quienes te esperan, corazón?

-No, mamá, ¿quiénes?

-Doctores.

Cientos.

Miles.

Temedles, ellos te apresaran, te tendrán con inyecciones, ¿acaso no los oíste?

Somos el paciente cero, el comienzo, la cura, el ser con el que experimentaran de por vida para curarte de mí, de lo que soy, jamás podrás escaparte de nosotros.

Somos las voces que no puedes silenciar.

Somos y siempre lo seremos, en ti. En todos los autistas. Siempre.

-Tus hermanos. Te extrañan muchísimo.

-Sí, yo también los extraño. Y siento mucho haberlos lastimados.

Por mi culpa tuvieron que irse con papá, ¿no es verdad?

-No, no por ti, por culpa de tu enfermedad. Ahora que eres libres podrán volver a casa, y seremos una familia otra vez.

-Nunca lo serán, no los dejaré.

Alfredo.

Háblame.

Sé que no puedes huir.

Me vas a oír por siempre.

-La oscuridad...

-¿Cómo amor?

-Nada, mamá.

Los días en que Alfredo sufría por el padecimiento del autismo terminaron cuando pudo entender que todo lo que pasaba por dentro, era a causa de una voz interna, un daño que se hacía a sí mismo de no expresarse con las demás personas.

Un miedo hacia sus pares que no entendía, una violencia que los alejaba, lastimando tanto físicamente como emocional a todos aquellos a los que lo quería.

Todo eso cambió, su madre volvió a sonreír, sus hermanos volvieron a casa, retomaron el colegio. Todos regresaron extrañados de sus seres queridos y amigos. Y Alfredo, por fin pudo volver a expresarse.

-Mamá, pondré la mesa.

-Lávate las manos, corazón.

-Si, en un momento, Josi me llama.

Los días transcurrieron normales, la voz, aquella que magnificaba como el reflejo de su ser desapareció. Alfredo la enterró en las profundidades y nunca más supo de él.

La maldad del niño no tuvo precedentes algunos. Y su voz, sonaba alegre siempre que se le necesitaba o quería expresarse.

-¿Cómo te sientes hoy Alfredo?

-Excelente, doctor. ¿Hoy también tendremos todos los análisis de nuevo?

-No. Eso se acabó. Hace dos meses que no escuchas la voz, ¿verdad?

-Así es. La enterré donde menos quería.

-¿Cuánto tiempo debiste ignorarla para que callase?

-Una semana, una larga semana de torturas. Y puede ser muy convincente ¿sabe?

-Y déjame preguntarte, ¿había algo en particular que te decía para que no la callases?

-Sí. Que confiara en ella.

-Lo entiendo.

-¿Qué apunta?

-Tus palabras, y mis preguntas. Con esto, puede que podamos ayudar de una manera revolucionaria a todos los autistas del mundo. Eres un gran chico.

-Entonces, ¿ya no me necesita más?

-No. Ya no tienes que volver por aquí.

-Muchas gracias, doctor. Le transmitiré la buena noticia a mamá.

-Saludos para ella.

-Serán recibidos.

-Mamá, el doctor te manda saludos.

-Como cada semana, le dijiste que siempre los recibo.

-Esta vez no.

-¿Por qué no lo has hecho? Es de mala educación.

-Por qué no volveremos a verlo. Termine. Estoy curado.

-Mi niño... me alegro tanto por ti. Tus esfuerzos serán recompensados como un buen niño.

La vida de Alfredo continúo de manera normal sin padecer ante la voz aquella que intentaba moverlo a un mundo de fantasías alejado de la realidad. Donde los autistas no conversan con nadie más que son sigo mismo.

Y los años pasaron hasta que la conciencia volvió, de manera natural, normal como a todos nos pasa. Esa voz que nos llena el alma, nos da raciocinio y nos mantiene serenos en un mundo de paz y caos.